

---

# Mediodía

Arturo Ambrogi

---

**textos.info**

Libros gratis - biblioteca digital abierta

## **Texto núm. 7149**

---

**Título:** Mediodía

**Autor:** Arturo Ambrogi

**Etiquetas:** Cuento

---

**Editor:** Edu Robsy

**Fecha de creación:** 9 de noviembre de 2021

**Fecha de modificación:** 9 de noviembre de 2021

---

Edita **textos.info**

---

**Maison Carrée**

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

---

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

# Mediodía

A la manera de opulento palio desenvuelve el cielo, por sobre el paisaje, la magnificencia de su seda. El sol, radiante e impetuoso, que anega los ámbitos todos del espacio, le da más esplendor todavía, y quiebra su tersa superficie en mil joyantes reflejos...

En el horizonte, las montañas se *sumerjen* en un fluido cristalino, y recortan, uno a uno, sus contornos, precisando hasta los detalles más nimios de sus laderas con la nitidez y minucia de un grabado holandés.

\* \* \*

*(Flota el sopor, como una densa embriaguez. Y el sueño vence a la Naturaleza, sumiéndola en un letargo de plomo.)*

\* \* \*

Una ringla de deshojados *chilamates*, empolva sus esqueletos al borde de la carretera. Sus rugosos troncos sirven de poste al alambrado de los potreros, en que la bueyada se apacenta.

En uno de esos *chilamates*, enrollada en viscoso tirabuzón a una de sus ramas, dormita una culebra. El color negruzco de su piel resalta del fondo calinoso de la corteza del árbol. Y en el esplendor de luz zodiacal, la chata cabecita brilla como un ónix tallado, y el punzón de su cola, afilado y sutil, destella como la faceta de un diamante. Cerca del *chilamate*, se eleva un *carao*. Es un *carao* gigantesco. En las ramas más altas de ese *carao*, diez o doce zopilotes congregados, dormitan también su siesta. Y la mancha negra de sus plumajes, como pastosos brochazos de tinta china, entenebrece la magnificencia del rincón de cielo que les sirve de fondo.

\* \* \*

*(Está en suspenso el ruido, en un gran paréntesis de espera).*

\* \* \*

Es la época de las quemas. Y el humo que de ellas se escapa, flota un instante, y luego se diluye en el ambiente argelino.

Las llamas de la quema, en el brillo del medio día, arden al igual que la llama del alcohol que corona el ponche de rom. Vistas al trasluz, casi no tienen corporidad. Flotan, espirituosas, sobre los oros atabacados de la roza, como un vivero de fuegos fátuos.

Y por encima de esas llamas olearias las *flores de San Antonio*, tupiendo el árbol en nutrido aluvión de brasas, dan un efecto ígneo. Y como para contrastar, los *árboles de la Cruz* hacen lucir en las proximidades la mística blancura de sus ramilletes de flores estrelladas.

\* \* \*

Sobre los desponjos del potrero, de un admirable tono de Siena quemada, caen, sin esfuerzo y se quiebran, las conchas de los *tecomazuches*. Esas conchas (como de alabastro avejentado y marchito por la vecindad de los cirios ardientes de alguna capilla), caen, y se quiebran sordamente. al rajarse a la manera de las granadas maduras, dejan escapar níveas vedijas de algodón, suave como la seda y como ella lustrosa.

*(Esa seda nevada produce sobre el dominante fondo de Siena quemada, un efecto lírico y maravilloso. Es, brotando de las heridas, como una sangre inmaculada. ?Sangre de rosas blancas estrujadas, sangre de hostias machacadas en un almirez de oro purificado, sangre de sacros lirios degollados).*

\* \* \*

En la propincuidad del rancho, posado sobre las cercas de caña-brava que abrumba la tramazón de bejucos de campánulas y defienden vallas *de pie de niño*, dormita el gallo. Su cresta de bermellón, fulge como un cuágulo de sangre fresca. En el fondo del corral, entre la tibieza de la paja del cajón desfondado que hace las veces de ponedero, la gallina cumple la única misión de su vida; mientras el pollo, inquieto y revoltoso, medio desplumado, de incipiente chorcha descolorida, escarba y avienta el estiércol amontonado en un rincón talquitatoso. Solamente el chompipe se pasea, como siempre, vanidoso e inflado, insensible al sopor de la hora,

con su moco de un rojo de marañón caído, su caftán avioletado y las alas despeinadas, como un Califa prisionero. Una pata, encaramada en la canoa del agua, apaga su sed, mientras al pie del tronco labrado, un enjambre de patitos, menudos, con el plumón amarillo canario y el pico de alabastro, se apiñan y chillan, levantando las cabecitas, implorando una gota de frescura.

\* \* \*

*(La música del silencio desarrolla su "lait-motiv", ese "lait-motiv" que el oído más fino, más sutil, no llega a percibir).*

\* \* \*

Al "ojo de agua", cristalino y fresco, solapado bajo la tupida fronda de un *sicagüite*, acude una muchacha con su cántaro. Es ese el lugar de las citas para los enamorados de las vecindades. Rezume el agua de la tierra barrosa. Rezume transparente, pura, encharcándose entre las manchas de berro flotante, y los macizos de *hojas de María* y de *corazón sangriento*. Sobre una piedra lisa, guateada de musgo, yace un tarro de morro. Cerca del tronco del árbol protector, se extiende una alfombra de menuda grama, como puesta adrede para que sirva de reposadero a las parejas que allí van a arrullarse. La muchacha llega. Coloca el cántaro a la orilla del venero, y comienza a llenarlo poco a poco, cogiendo el agua con el tarro. Detrás de un zarzal, irrumpe un silbido. En seguida, otro. La muchacha suspende la operación de colmar su cántaro. Pasea la vista por todos lados, entre inquieta y recelosa. De pronto salta un mozo por sobre la cerca, sosteniéndose en las ramas de un brotón de *tempate*, y va hacia la muchacha, que, tranquila ya, la espera sonriente. Conversan en voz baja. Los labios del gañán se pegan al oído de la moza. Ella mueve la cabeza, como diciendo que *no*, ese *no* sobreentendido de la mujer que accede. De pronto, él se agacha, y tomando el tarro abandonado, acaba de llenar el cántaro. Lo levanta en vilo y se lo coloca en la cabeza á la muchacha, apoyado en el yagual. Después, los dos, emparejados, se pierden por un sendero, hacia el cercano mangal. Y antes de perderse de vista tras un recodo del sendero, todavía se alcanza a ver a la muchacha que mueve la cabeza, como diciendo que *no*.

\* \* \*

A lo lejos, en la carretera polvorosa que el sol inflama, y como figuras

únicas sobre el lienzo de violenta luz, vese una carreta que se arrastra fatigosamente, cargada de leña hasta los topes. Los bueyes que tiran de ella, hincan en el polvo la pezuña ruda e inclinan la testuz bajo las gamellas del pesado yugo.

Se percibe, neto, ayudado el esfuerzo visual por la nitidez ambiente, el muslo que contrae el esfuerzo y hace resaltar, bajo la piel mojada por la transpiración, el arpa de los recios nervios en tensión.

## Arturo Ambroggi



Arturo Ambroggi Acosta (San Salvador, 19 de octubre de 1875 - 8 de noviembre de 1936) fue un poeta y periodista salvadoreño. Es considerado uno de los precursores del Modernismo en América Latina, y también destacó como cronista y autor de relatos costumbristas.

El padre de Arturo Ambroggi fue el general Constantino Ambroggi, de origen italiano, y su madre era la salvadoreña Lucrecia Acosta. Estudió en el Liceo Salvadoreño y comenzó a publicar sus trabajos literarios desde el

año 1890, cuando todavía era un adolescente. Ya en el año siguiente se desempeñaba como agente del semanario cubano La Habana elegante, y como colaborador de la revista salvadoreña La pluma, que le mereció elogios por parte de Francisco Gavidia y Rubén Darío, de quien se dice era su ídolo en la adolescencia. Dichos textos aparecieron en la Revista Azul del mexicano Manuel Gutiérrez Nájera. Otros trabajos de su autoría se publicaron en La revista ilustrada de Nueva York, uno de cuyos editores era Román Mayorga Rivas.

Ambrogi es considerado el primer escritor cosmopolita de El Salvador. También fue el primero que combinó las facetas de periodista y escritor en el país, como lo harían Alberto Masferrer, Pedro Geoffroy Rivas y José María Peralta Lagos, entre otros. Como cronista, fue de los mejores en su tiempo, y su estilo es calificado como riguroso, preciso y elegante; aparte que recurría a la ironía en ocasiones, y se distinguía como un buen retratista de personalidades.